
XI.

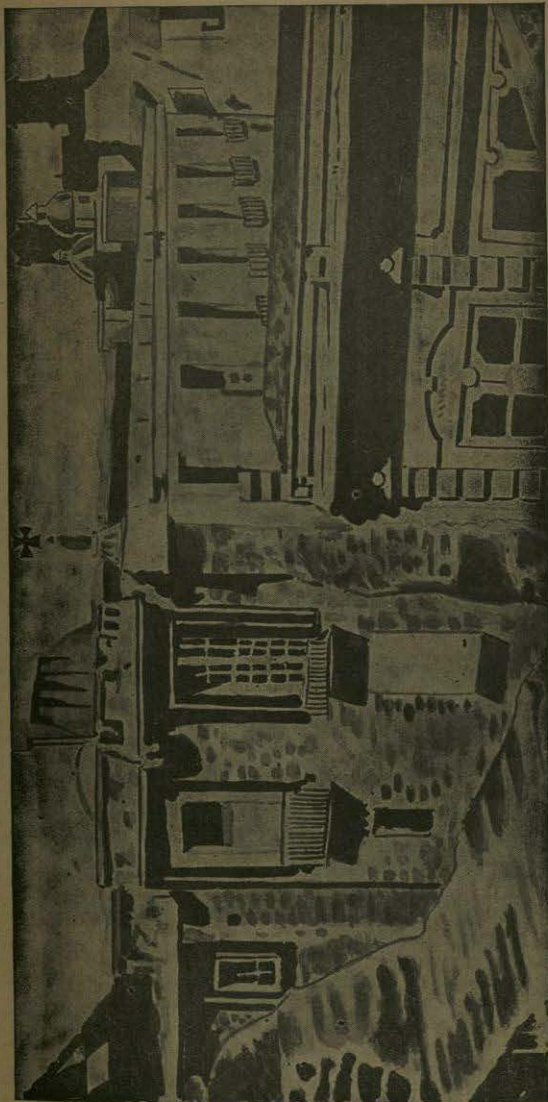
LAS VIRTUDES DOMESTICAS.

Tener pocas necesidades y gustos sencillos, es una manera de ser fuerte.

Todos tenemos otros deberes que cumplir, aparte de los deberes cívicos de servir á la patria y procurar el bien de nuestros conciudadanos: deberes para con los nuestros, para con nuestra familia, para con el hogar que hemos formado ó del que somos parte. En el cumplimiento de estos deberes se manifiestan claramente las cualidades morales de los hombres superiores, cuya vida privada ofrece por esto mismo segura base para estimarlos mejor y, á la vez, muestra la manera de seguir fácilmente sus huellas.

Prueba de lo que decimos es la vida íntima del General Díaz, llena toda ella de ejemplos admirables de las virtudes domésticas más preciosas y más dignas de imitación, porque son también las que más contribuyen á labrar la felicidad de quienes las poseen y ejercitan como él.

Virtudes ejemplares son sin duda las de quien, como



Convento de la Compañía, de Puebla, esquina que forma con el callejón Alatriste, por donde el Gral. Díaz se evadió la segunda vez con el fin de seguir combatiendo contra los invasores. La estatua que aparece en la azotea es la de San Vicente, á cuyo pedestal ató el prófugo la cuerda que le sirvió para descender. La altura del edificio da idea de los peligros de la fuga.

151
el Gral. Díaz, supo ser probo mientras todos saqueaban; sobrio entre los bebedores, económico entre los despilfarrados, y generoso entre los vengativos; pero posee otra gran virtud, de la que ha dado y da continuas enseñanzas: la modestia.

Todos conocen las palabras con que responde siempre á quienes le felicitan por su inmensa obra política: "Me han ayudado todos, he tenido buenos colaboradores, el primero entre ellos, el pueblo mexicano."

Ha contado también con otra colaboración inestimable: la de una esposa modelo.

7
En las tardes calurosas del verano suele verse en alguna de las avenidas del Bosque de Chapultepec, á un caballero respetable, fuerte y ágil, que se pasea á pié, acompañado únicamente de una dama de porte distinguidísimo. Ambos visten con decorosa pulcritud, pero sus trajes, más que sencillos, son modestos. Aquel hongo, aquel terno de americana de color obscuro, aquella corbata negra que subraya el cuello militar de la albeante camisa, aquel calzado lustroso, revelan á las claras los hábitos de orden y aseo del buen soldado y denuncian á un antiguo jefe del Ejército en traje civil. De la calidad de la dama no cabe dudar: es una gran señora; lo dicen el buen gusto del atavío y hasta el más ligero ademán de la que lo honra. Mas respecto de la fortuna de la interesante pareja y en cuanto á su posición social, si no fuera por el majestuoso continente, por la fuerza irresistible de la serena mirada del caballero, y por el aire de suprema distinción de la dama, para quein no les conozca de vista, es imposible sospechar por las apariencias, que tuvo la fortuna de ver en una de las fases más



Sra. Carmen Romero Rubio de Díaz, dignísima esposa del Sr. Presidente de la República, y la dama más distinguida en la alta sociedad mexicana. Los desvalidos le profesan amor y veneración porque ha dedicado gran parte de su vida á la creación y sostenimiento de institutos de beneficencia.

151
simpáticas y ejemplares de su vida privada, á uno de los hombres más grandes, ilustres y poderosos de su tiempo, y á su dignísima compañera.

T
lo
de
pi
m
de
lo
m
tr
ne
vi
pe
li
¿Dónde están los trenes fastuosos, y los séquitos de militares y cortesanos, y las brillantes guardias que acompañan en el extranjero á otros jefes de Estado? Inútil es buscar nada de eso en torno de este gran mexicano y gran demócrata que se llama el General Porfirio Díaz y que apenas se aviene, cuando desempeña funciones oficiales, á rodearse del aparato estrictamente necesario para realzar la dignidad de su altísima investidura. No está por demás hacer constar que la posición política, moral, material, pública y privada del actual gobernante de México, no es siquiera comparable, ni dentro ni fuera del país, con la de ningún otro gobernante mexicano. No obstante lo cual, lejos de embriagarse el General Díaz con tamañas grandezas, tan positivas y estables como bien ganadas y merecidas, no parece sino que á medida que crece su poder y se agiganta su figura, sus gustos y necesidades se simplifican y reducen, por efecto natural del contraste entre el valer del hombre público y las costumbres del particular.

Aquí cumple presentar á la gratitud nacional una de las grandes influencias benéficas que seguramente han pesado mucho en los destinos del Gral. Díaz y, por lo mismo, en los del país: la de la virtuosa y noble señora que con sin igual dignidad, comparte las glorias y endulza las fatigas del genial estadista mexicano.

Buena prueba dió de su sabiduría el Rey Salomón al decir que "El mayor tesoro que puede hallar el hombre es una mujer prudente;" y sin duda alguna, el Sr. Gral.



Panorama de la ciudad de Puebla, en cuya defensa durante el gran sitio de 1863 tomó parte el Sr. Gral. Díaz, como en-
cargado de la línea de San Marcos, que nunca pudieron traspasar los franceses. Cuatro años después, el Gral. Díaz redujo
esta importante plaza del llamado Imperio, mediante el decisivo asalto del 2 de Abril de 1867.
(Fotografía propiedad de C. B. Waite, Foto. S. Juan de Letrán 3, México.)

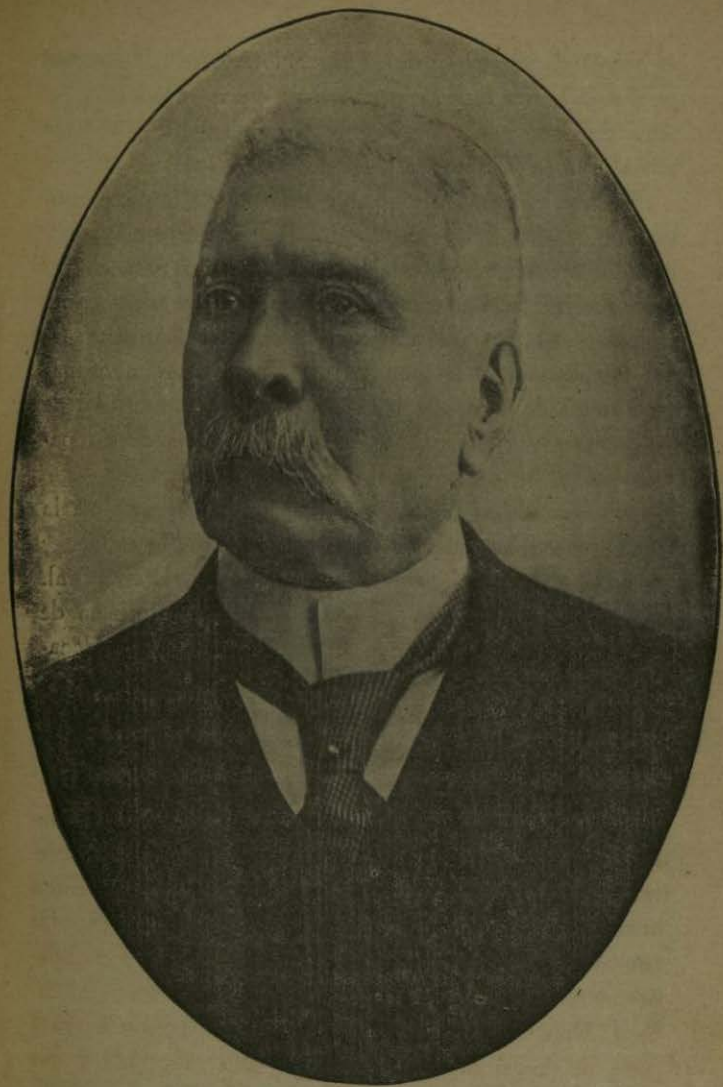
Díaz supo descubrir ese tesoro preciosísimo en la ejemplar dama que tomó por compañera y que se contenta con reinar en los corazones de los mexicanos por su inagotable caridad de gran señora que sabe dar con nobleza y cautivar la gratitud.

Por esto la ofrecemos á la juventud femenil como espejo de las virtudes privadas de que el Sr. Gral. Díaz es modelo para los jóvenes.

Acostumbrada desde niña á la fortuna, no han podido deslumbrarla las grandezas de la elevada posición que mercedamente ocupa al lado de su ilustre esposo; por el contrario, su modestia y la exquisita delicadeza de su alma, la enajenan el amor y el respeto universales, lo mismo en su hogar, del que es gloria y vida, que en la sociedad, de la que es gala, y entre los desvalidos que la colman de ardientes bendiciones.

Esto se debe á que sólo con la bondad se conquistan los corazones; la belleza, el dinero, el poder dominan, humillan, intimidan; pero no se hacen hamar, porque este es privilegio exclusivo de la virtud.

Es muy frecuente que las esposas mexicanas se quejen del abandono de los compañeros de su existencia, muchos de los cuales llegan á desertar del hogar por entregarse al vicio. Es que esas esposas desdeñadas no supieron hacerse amar; no supieron hacer del hogar el premio á que aspira en la vida todo hombre honrado. Cuando se tiene una compañera adornada con las relevantes cualidades morales de la esposa modelo que cupo en suerte al Sr. Gral. Díaz, sólo un perverso sin redención posible buscará fuera del hogar la dicha que en él tiene asegurada y que



Uno de los últimos retratos del Sr. Gral. Díaz, en traje civil.

es fuente de energía y de fe para el trabajo. Todo está en que la mujer forme con su ternura y sus virtudes, la cadena de flores que sujete al esposo para siempre y le haga suave la tarea y llevadera la existencia.

Así es como á la envidiable armonía y á la paz venturosa de su vida íntima deben atribuirse en parte muy principal la prodigiosa resistencia del Gral. Díaz para el trabajo y el perfecto equilibrio de su espíritu, constantemente inclinado al bien y á la clemencia; y este ejemplo deben tener también sin cesar ante sus ojos las jóvenes mexicanas para tratar de hacer por los mismos medios la felicidad de sus hogares y convertirse así en colaboradoras de sus padres, de sus hermanos y de sus esposos.

Nunca deben olvidar que la hermosura pasa, que la fortuna vuelve las espaldas y que sólo la virtud es eterna.

De las demás que posee en lo privado el Sr. Gral. Díaz, sería redundancia hablar; pero de la influencia de esas virtudes sobre nuestra sociedad, sería olvido inperdonable no poner de manifiesto que ese alto y constante ejemplo debe haber contribuido poderosamente á regenerar á los viciosos no corrompidos del todo, y obligado á ocultarse á los incorregibles.

He aquí lo más bello y lo más útil de las virtudes en acción: la ejemplaridad. Y he aquí cómo puede un hombre vivir feliz y respetado largo tiempo sobre la tierra: siendo modesto, siendo sobrio, dominando sus pasiones, usando y no abusando de la vida.

XII.

EL DEBER DE LOS DEBERES.

Buen padre, buen ciudadano.

Allá en apartada y tranquila calle del rumbo occidental de la ciudad, yergue su torrecilla fina y esbelta un pintoresco *chalet* campestre. Se halla como extraviado y fuera de lugar entre las elegantes fincas urbanas que lo rodean, porque cuando fué construido, la que es hoy asfaltada calle céntrica, no era sino desolada campiña de extramuros, teatro de los sangrientos combates que frecuentemente se libraban en torno de la vecina *Ciudadela*, sin esperanzas de que el derramamiento de sangre mexicana cesara, ni menos aún de que la capital extendiese hasta allí sus esplendores. Es además muy modesto el *chalet* de que se habla, porque su primitivo propietario, el Gral. Díaz, lo edificó venciendo algunas dificultades, en razón de que á pesar de haber manejado grandes caudales públicos, no retuvo de ellos nada para sí; y no obstante haber prestado eminentes servicios á la patria, se contentó con la mejor de las recompensas: la satisfacción del deber cumplido.



Mayor de Ingenieros, Porfirio Díaz, hijo del Sr. Presidente de la República y uno de los Jefes del Estado Mayor Presidencial. Es un cumplido caballero, muy estimado en la buena sociedad de esta Capital. En el pecho luce cuando viste de uniforme, honrosas condecoraciones, enviadas por Gobiernos Europeos.

Alegren y poetizan el jardincillo que rodea el *chalet*, las risas y los juegos de dos rapazuelos rubios y llenos de vida, á quienes vigila con amorosa mirada una joven rubia como ellos y de exquisita y delicada belleza, que contrasta con el sencillísimo traje de percal negro, que ennoblece su distinción.

Todo en aquella morada revela felicidad, alegría, bienestar, honradez, laboriosidad, pero no lujo: tal es el hogar del señor Mayor de Ingenieros Porfirio Díaz, hijo del Jefe de la Nación Mexicana.

Dos enseñanzas profundas, á cual más valiosas, se adquieren observando la situación y las costumbres y aptitudes de este joven trabajador que lleva sobre sí digna y discretamente, la pesada carga de uno de los nombres más ilustres de la América.

Los hombres que gozan de gran popularidad y de omnímodo poder, y que han regido largo tiempo los destinos de un pueblo, con rarísimas excepciones, han derramado á manos llenas los dones y los honores, por natural preferencia, sobre sus deudos.

En cambio, el hijo del creador del México actual, es simple Mayor de Ingenieros, debido á sus estudios en el Colegio Militar, perfeccionados en el extranjero, y sobre todo, á cerca de veintiún años de servicios. No se dirá, pues, que ha recibido los ascensos por favor. No desempeña más empleo federal que el de oficial del Estado Mayor del Presidente; y cuando de Tlacotalpam propusieron su candidatura para diputado al Congreso de la Unión, no quiso aceptarla. En cuanto á gajes de otro género, sólo por rara excepción ha obtenido como ingeniero, sin que su nombre

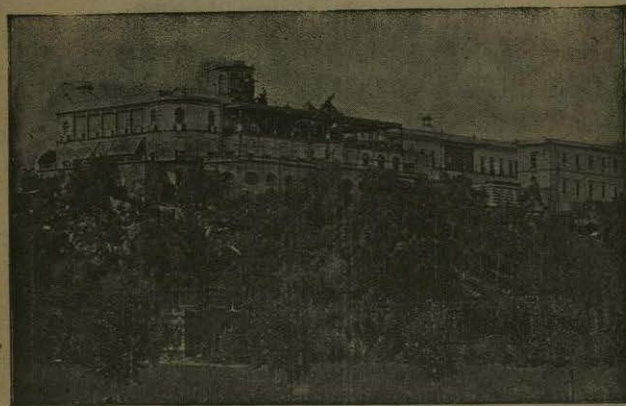
haya sido ventaja, sino más bien dificultad, alguna de las innumerables contratas que sus colegas consiguen llanamente. Emprendedor como su padre, varias veces ha tenido que lamentar pérdidas, porque sus negocios no gozan de privilegio alguno, sino que están expuestos á las contingencias comunes á los de cualquier particular. Amante de la agricultura, su tiempo disponible lo dedica á dirigir en persona la explotación de su hacienda por los métodos modernos.

Su amor al estudio y su laboriosidad le han valido honoríficas distinciones de algunos gobiernos extranjeros, entre ellas, las palmas académicas, el diploma de Oficial de Instrucción Pública y la cruz de Caballero de la Legión de Honor, que ha recibido del Gobierno francés; la cruz de la Orden del Aguila Roja de Prusia, y otras condecoraciones enviadas respectivamente por los soberanos de Alemania y de Baviera.

Este hermoso ejemplo deben imitar por su parte los jóvenes que se creen exceptuados de trabajar porque sus padres son ricos, y que se resignan á no ser nada por sí mismos; sin considerar que las riquezas heredadas duran poco cuando el que las recibe no sabe conservarlas por lo menos, para lo cual son indispensables la instrucción, el orden, la economía, la sobriedad y el trabajo.

Tal es el resultado de que si como gobernante no ha tenido el Gral. Díaz distinciones para sus hijos, como padre ha sabido cumplir con ellos ejemplarmente el deber de los deberes; porque sólo merece el dictado augusto de ser padre el que sabe educar.

Contémpense asimismo en ese espejo los malos padres que se disculpan de haber faltado á sus obligaciones por no haber tenido tiempo para atenderlas. ¡Quién de ellos po-



Castillo de Chapultepec, residencia veraniega del Presidente de la República.

dría decir que ha pesado sobre él la enorme suma de labor, de preocupaciones y de responsabilidades que el General Díaz soportó en la época azarosa y tremenda de su vida en que cimentó la educación de sus hijos?

La explicación de esto es que no se educa á la niñez con dinero, ni con tiempo solamente, sino ante todo y sobre todo, con amor bien entendido y basado en el sentimiento del deber.

Tan cierto es que el amor y el deber son los verdaderos fundamentos de toda buena educación, que quienes hayan tenido oportunidad de observar de cerca las relaciones entre el General Díaz y su digno hijo, no habrán dejado de notar un matiz delicado y conmovedor, símbolo de lo que son el uno para el otro y de lo que debieran ser todos los padres para con sus hijos.

Cuando el Mayor Porfirio Díaz, oficial del Estado Mayor del Presidente de la República, llega en lo privado á la presencia del General de División Don Porfirio Díaz, se detiene á respetuosa distancia y se cuadra para recibir órdenes; y es en verdad admirable la severa majestad con que se las dan y la atenta deferencia con que las recibe: allí no es posible ver más que á un superior y á un subalterno. Pero inmediatamente después desaparecen las jerarquías; el hijo besa amorosamente en la mejilla á su venerable progenitor; y la mirada de éste se ilumina y dulcifica con una chispa de suave luz, al depositar un beso en la frente del heredero de su nombre inmortal.

Tiene razón; porque parafraseando el célebre proverbio árabe, puede decirse que no merece llamarse hombre quien no haya plantado un árbol, escrito un libro ó dado á la sociedad un individuo útil: nobles medios de vencer á la muerte y perpetuarse en la posteridad.



Porfirio Díaz Raygosa, primer nieto del Sr. Presidente de la República, primogénito del Mayor Porfirio Díaz.

XIII.

ACTIVIDAD Y PRUDENCIA.

No debe dejarse para mañana lo que puede hacerse hoy.

El trabajo y el orden acaban por vencer la labor más ruda. El asombroso éxito alcanzado por el Gral. Díaz, se debe á estas dos facultades desarrolladas en grado sumo. Asombra verdaderamente la cantidad de trabajo que representa la inmensa obra llevada á cabo por el ilustre gobernante.

Cierto es que ha tenido colaboradores laboriosos, que bien sabe elegirlos con mucho cuidado, y que cuenta siempre con el apoyo del pueblo, que le quiere ardientemente y tiene fe ciega en él; pero no es menos cierto también que en todos los grandes hechos ejecutados en los últimos treinta años, ha tomado parte personalmente, y que, en la mayoría de los casos, puede decirse que son obra exclusivamente suya.

Cualquier hombre de mediana fortaleza se sentiría agobiado sólo con tener que atender y formarse idea diariamente de todos los asuntos que van á su consulta, de las respuestas á las cartas particulares, de cuyo contenido se in-



Casa en la calle de Cadena, modesta habitación particular del General Díaz y de su esposa, Doña Carmen Romero Rubio de Díaz.

forma con detenimiento para acordar la contestación, y de las audiencias que concede á todo el que trata de hablar con él para someterle algún asunto de interés público ó puramente particular. Agréguese á esto las obligaciones sociales que impone su alta investidura, las ceremonias y las fiestas oficiales; todo ello aceptado y desempeñado atenta y escrupulosamente, hasta una edad en que la mayoría de los hombres ha llegado á la decadencia.

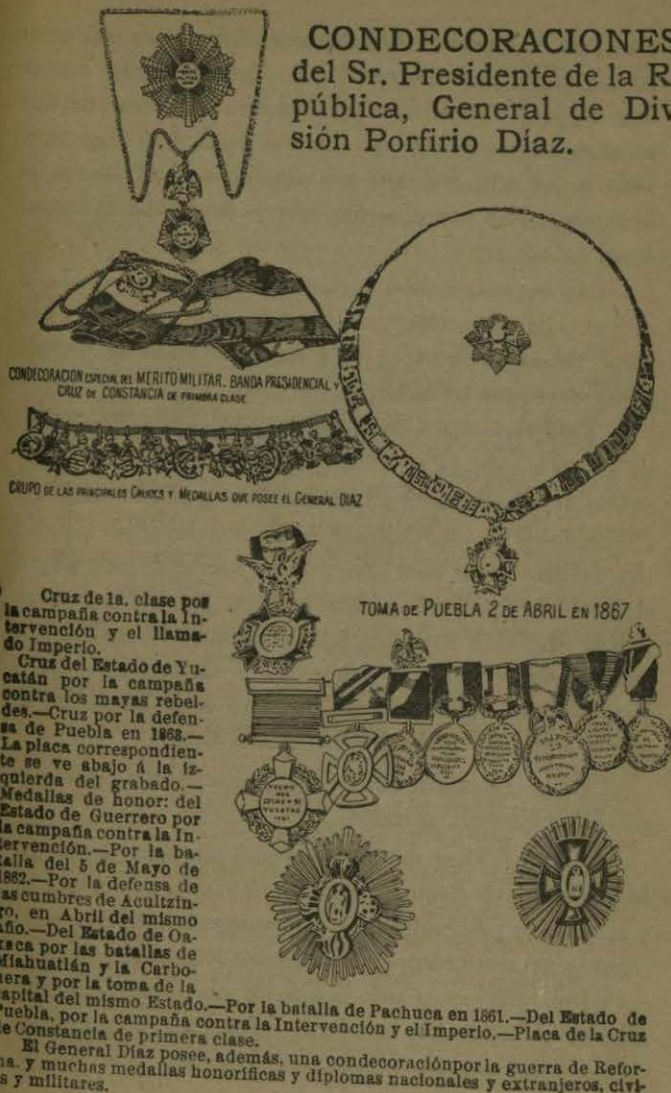
¿Cuál es la verdadera explicación de la obra admirable del Gral. Díaz? ¿De qué fuerza poderosa dispone este hombre extraordinario?

Sencillamente, dispone de una cualidad poco común: del "genio," que no es, como cree la mayoría de las personas, un don del cielo, independiente de nosotros mismos, sino una "larga paciencia," una abnegación sin límites, una voluntad sin flaquezas, un resultado, en resumen, de las cualidades del carácter, fortalecidas por la educación y en tendencia constante hacia la realización de un pensamiento noble y grande.

Y aquí es de advertir que no sólo deben considerarse como nobles y grandes empresas la regeneración de un pueblo, sino que hay otras que, aunque menos brillantes, sirven para ejercitarse en el cumplimiento del deber. Nadie está obligado á realizar trabajos superiores á sus fuerzas, pero todo el que haga algo en beneficio de los que le rodean, en la medida que lo permitan sus capacidades, habrá llenado cumplidamente ese deber.

Estudiemos al Gral. Díaz en los momentos más solemnes y decisivos de su vida, para penetrarnos de los medios de que se ha valido para llevar adelante los fines que se proponía. Veámosle fugarse del convento en que estaba

CONDECORACIONES del Sr. Presidente de la República, General de División Porfirio Díaz.



prisionero en Puebla. Indudablemente, no había allí tiempo que perder; sin embargo, como el que se emplea en meditar lo que se va á hacer y en adquirir la certeza de que no se va á cometer un error, nunca es perdido, el prisionero, antes de ascender por la cuerda con que lazó una canal de la prisión, "se cercioró"—dice—de la resistencia de aquel punto de apoyo."

He aquí claramente presentados los dos rasgos de la actividad del Gral. Díaz que debemos imitar: no dejar nada para mañana y no hacer nada sin cerciorarnos de la fortaleza de nuestro punto de apoyo.

Otro rasgo de esa actividad es la audacia equilibrada con la prudencia. El que deja pasar las ocasiones por exceso de cautela, se queda irremediamente atrasado en el camino de la vida. Bueno es meditar las ideas cuando hay tiempo y lugar para ello, pero no vacilar cuando llegue el instante de poner esas ideas en obra. Si el Gral. Díaz hubiese empleado mucho tiempo en meditar la estratagema que dió por resultado la doble victoria de la Carbonera y la toma de Oaxaca, el triunfo definitivo de la República se habría retardado probablemente mucho tiempo.

Para convencerse de lo que decimos, basta examinar por un momento la situación:

El Gral. Díaz sitiaba á Oronoz, jefe imperialista, en los conventos de Santo Domingo y el Carmen de Oaxaca, y en el cerro del Fortín, que eran entonces fortalezas inexpugnables, sobre todo para las débiles fuerzas del sitiador. En tal situación, se anuncia la marcha sobre Oaxaca de una columna de aguerridos austriacos y franceses, bien armada y dispuesta al combate. ¿Qué hacer? Esperarla, era colocar-



GRAN CRUZ DE LA ORDEN DEL DRAGON (China)



GRAN CRUZ DE LA ORDEN DE LA ESPADA (Suecia)



GRAN CRUZ Y PLACA DE LA ORDEN DE LA TORRE DE PORTUGAL



CRUZ Y PLACA DEL MERITO MILITAR (España)



CORDON Y PLACA DE LA ORDEN DE LA LEGION DE HONOR



GRAN CRUZ DE LA ORDEN DEL LEON HOLANDES



GRAN CRUZ COLLAR Y PLACA DE LA ORDEN DEL BAÑO (Irlanda)



GRAN CRUZ DE LA ORDEN DEL LEON Y DEL SOL (Persia)

se entre dos fuegos para ser aniquilado; ir á su encuentro equivalía á libertar á los sitiados y echárselos á la espalda, con idéntico resultado.

Sin perder un instante, ordena á sus soldados que envuelvan con trapos los cascos de los caballos; hace desmontar sus cañones, y sin apagar los fuegos de su campamento, vuela oculto por las sombras de la noche, al encuentro de los austriacos. Toma posiciones en la Carbonera; y en una batalla que los concedores en la ciencia militar, consideran la única digna de ese nombre en México, derrota completamente al enemigo.

Vuelve inmediatamente sobre sus pasos, y cuando los sitiados de Santo Domingo, que apenas habían advertido la ausencia del sitiador, pretendían salir de su encierro, cae sobre ellos y alcanza otra nueva victoria.

Contrasta esta serie de atrevidos movimientos con la prudencia que el mismo Gral. Díaz empleó en el sitio de México. Es que en este último caso, el Ejército que tenía á sus órdenes, no era suficiente para estrechar á la Capital, y mucho menos todavía para intentar el asalto con probabilidades de buen éxito.

Así, todo lo que en Oaxaca fué audacia y celeridad, se convirtió en México en reposo y calma; pero en ambos casos el triunfo coronó la conducta audaz del primero y la actividad prudente del segundo.

Otro elemento del éxito en la actividad, es la abnegación. Trabajar sólo para sí, es acto egoísta é inútil. Los hombres que merecen admiración, son aquellos que han trabajado por los demás, sin procurar el bien para ellos mismos. Pa-



CONDECORACION DE PRIMERA CLASE
DE LA ORDEN DEL LIBERTADOR (VENEZUELA)



GRAN CRUZ DE LA ORDEN DE
S^{ta} MAURICIO Y S^{ta} LAZARO



GRAN CRUZ DE LA ORDEN DE
LA ERISANTE MA (JAPON)



CRUZ Y PLACA DE LA ORDEN DE
LEOPOLO DE BELGICA



CRUZ Y PLACA DE LA ORDEN DE CARLOS III DE ESPANA



CORDON OLL. AGUILA ROJA DE PRUSIA



CRUZ Y PLACA DE LA ORDEN DE
S^{to} ESTEBAN DE HUNGRIA



ra esto se necesita ser abnegado y alejar, por lo tanto, todo sentimiento de egoísmo.

¡Y qué mejor ejemplo de abnegación podemos presentar que el que nos ofrece el General Díaz, quien después de haber consagrado toda su vida al bien de los mexicanos, cuando á los setenta años se le pide que siga en su puesto, contesta sencillamente: Lo haré gustoso mientras me sienta útil para servir á mi Patria como lo merece!

